

Roma, el 16 de diciembre de 2020

Queridos hermanos y hermanas,

les escribo este año también para desearles más que nunca que celebren y vivan con alegría y profundidad el gran misterio de Dios que devino hombre porque nos ama y nos ofrece la salvación.

Ahora estamos atravesando todos una terrible experiencia que requiere sacrificio y virtud. En particular, nosotros, los creyentes, alimentados y sostenidos por la gracia de los sacramentos, que son generosos dones del Señor, debemos ser testigos válidos de esperanza y confianza en un mundo que muchas veces se inclina más a volver su atención, casi exclusivamente, hacia los bienes materiales y solo a la salud del cuerpo, olvidando la importancia de cuidar el alma.

Nosotros, educados en los principios de la fe y con la esperanza de crecer cada vez más en el camino del Señor, estamos llamados ante todo a recordarnos a nosotros mismos y a recordar a nuestros hermanos la importancia de nuestra interioridad y de nuestra espiritualidad.

San Agustín es nuestro maestro en esto porque, después de una larga búsqueda entre los bienes externos del mundo, finalmente encontró a Dios en sí mismo: "Te amé tarde, belleza tan vieja y tan nueva, te amé tarde. Sí, porque tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera. Allí te estaba buscando. [...] Me llamaste y tu grito rompió mi sordera" (Conf. X, 27,38).

¡Qué importante es para el hombre cuidar y educar el aspecto espiritual, su vida interior! Qué gran beneficio aporta a la existencia de las personas.

Sólo con la preocupación para su interioridad y, en consecuencia, gracias a la relación con Dios, la humanidad puede afrontar las dificultades del presente, sostenida en la fe por la proximidad del Señor; vivir bien este importante aspecto de la vida humana es en sí mismo un gran testimonio que nos pone en comunión unos con otros.

Con esta fe y esperanza, debemos esperar a que la ciencia identifique los remedios adecuados para la pandemia, para que estas soluciones, como el Santo Padre lo ha pedido reiteradamente, estén al alcance de todos, sin distinción.

Será una Navidad diferente a las anteriores. No nos desanimemos: incluso la Santa Navidad de 2020 puede ser una ocasión positiva siempre que se capte su verdadera y profunda esencia. Una vez más, hago mía esta advertencia de San Agustín: "¡Observa, hombre, en qué se ha hecho Dios para ti"! El Verbo se encarnó para la salvación del hombre, para recobrar a su criatura caída en pecado; Jesús, el unigénito Hijo del Padre, no se jacta de derechos ni privilegios, sino que reina a través del servicio y gobierna acercándose a los más pequeños y simples. Dios, que en la historia

quiso encarnarse, nos ofrece una inmensa dignidad y nos hace a todos *igualmente* hermanos en Cristo.

Permítanme, por última vez, traerles un pasaje de San Agustín que apoyó mi oración y mi reflexión en estos días de preparación para la Santa Navidad:

El Señor Jesús quería convertirse en hombre para nosotros. [...] En el principio Él era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios (Jn 1,1). ¡Oh comida y pan de los ángeles! Los ángeles se alimentan de ti, están satisfechos contigo sin cansarse, viven de ti, están como imbuidos de ti, son bendecidos contigo. ¿Dónde estás ahora por mi culpa? En un pequeño alojamiento, envuelto en paños de cocina, colocado en un pesebre. ¿Y para quién es todo esto? El que regula el curso de las estrellas amamanta a una mujer: alimenta a los ángeles, habla en el seno del Padre y calla en el seno de su madre. Pero cuando llegue a la edad apropiada hablará, compartirá plenamente las buenas nuevas con nosotros. Él sufrirá por nosotros, morirá por nosotros, resucitará mostrándonos un sabio de la recompensa que nos espera, ascenderá al cielo en presencia de los discípulos, volverá del cielo para el juicio. El que yacía en el pesebre se debilitó pero no perdió su poder: asumió lo que no era, pero siguió siendo lo que era. Tenemos al niño Cristo ante nosotros: crecemos con él.

Con este pensamiento, deseo rezar para sus intenciones y sus familias. Durante las liturgias navideñas recordaré a todos y cada uno de ustedes individualmente: llevaré al altar a sus seres queridos, en particular a los niños, los ancianos, los enfermos y las muchas personas necesitadas que, con consuelo, están asistidas por las muchas iniciativas de la Orden Constantiniana.

Invoco la bendición del Señor sobre todos ustedes.

Renato Raffaele Card. Martino

Protodiácono de la Santa Iglesia Romana

Gran Prior de la Sagrada Orden Militar y Constantiniana de San Jorge